



Facultad de Psicología
Trabajo Integrador Final

COORDENADAS PARA LA CONSTRUCCIÓN DE UNA POSICIÓN DEL
PSICOANÁLISIS SOBRE LA ANSIEDAD

Modalidad: Ensayo

Autora: Amorelli, Valentina

Legajo: A-5507/7

DNI: 41056225

Docente responsable: Masuelli, Fernando

-2023-
Agradecimientos

A mis amigas de la facultad, compañeras incondicionales de todos mis caminos, críticas de todo lo que existe, productoras de abrazos y momentos en los que se valora la vida.

Índice

Resumen.....	2
Introducción.....	3
I. Interrogantes sobre la ansiedad desde el Psicoanálisis.....	3
II. Ansiedad y angustia. Primeras delimitaciones.....	7
III. Una conceptualización psicoanalítica de la ansiedad y sus coordenadas clínicas posibles.....	12
IV. La búsqueda ansiosa y la imposibilidad del todo.....	14
Reflexiones finales.....	18
Referencias Bibliográficas.....	20

Resumen

Tomada por diferentes discursos y convertida en un significante omnipresente en este siglo, la ansiedad se hace presente como una forma de padecer de la que hablan psiquiatras, psicólogos, neurocientíficos, periodistas y pacientes. La psiquiatría responde poniendo en juego sus mecanismos que traducen el sufrimiento en una categoría cerrada y delimitan la experiencia ansiosa bajo la lógica del trastorno. En este marco, se plantea la posibilidad de que el psicoanálisis esboce la pregunta ¿Cómo lee el analista la ansiedad? Con el propósito de construir otra mirada más allá de la posición psiquiátrica, se analiza y reflexiona desde el marco teórico epistemológico del psicoanálisis, sobre los conceptos que nos permiten construir una serie de coordenadas clínicas para la lectura del psicoanalista en estos casos. La pregunta que articula este escrito nos posibilita fundamentar que la ansiedad, funcionando de manera opuesta a la angustia, se demuestra bajo una forma específica de relación con los objetos signada por el mantenimiento de la ilusión del encuentro con el objeto pleno; así como también se especifica según una forma de experimentar el tiempo que demuestra lo imposible de su pérdida. Como conclusión, se sitúa a la clínica psicoanalítica como aquella que, poniendo en juego el duelo como función dentro de la escena, permite que se produzcan ciertos movimientos dentro de la experiencia ansiosa.

Palabras clave: Ansiedad - Angustia - Psicoanálisis - Duelo - Objeto. 2

Introducción

El presente ensayo aborda una posible posición del psicoanálisis frente a la ansiedad. A partir de considerar que el discurso psiquiátrico la coloca como un trastorno, es decir, como algo externo al sujeto mismo; reflexionamos sobre aquellos conceptos del psicoanálisis que nos permiten construir una mirada histórica y simbólica de este padecimiento. La postura que el psicoanálisis propone se centra en cómo este padecer le concierne a cada sujeto en su singularidad. Por esta razón, es desde la clínica teorizada por Lacan (2006) en el *Seminario X* y desde determinados desarrollos actuales dentro del psicoanálisis, donde este trabajo se posiciona para trabajar acerca de los conceptos que le permiten al analista realizar una lectura en estos casos. Es decir, frente a la diversidad de discursos que actualmente dan respuesta a esta problemática, se buscará proponer una respuesta ante el interrogante: ¿Cómo lee el analista la ansiedad hoy?

El objetivo de este trabajo es abrir el debate acerca de las significaciones presentes en torno a la ansiedad para construir una posición que ponga en primer plano la escucha del sujeto y su angustia. Situados desde este marco teórico en particular concebimos al psicoanálisis como un discurso que no retrocede ante los cambios del tiempo y es por eso que sostenemos la posibilidad de utilizar las herramientas de este campo para conformar un nuevo lente con el cual mirar aquellos casos actualmente nombrados como ansiedad. En este recorrido planteamos una separación necesaria entre la angustia y la ansiedad, para luego poder conceptualizar esta categoría según la relación particular que el sujeto establece con los objetos en estos casos. Estas formulaciones se dirigen a reflexionar acerca de la ansiedad desde la dirección de la cura que el psicoanálisis plantea.

La puesta en tensión de la categoría de ansiedad con las coordenadas teóricas de la clínica psicoanalítica lacaniana nos permiten hacer un aporte a este campo del saber a partir de la construcción de una posición crítica respecto de este padecer. Una posición que no deje al analizante nombrado bajo la categoría de ansioso y determinado con una imagen fija, sino que le permita implicarse en su padecer y preguntarse por la causa de este. Una posición que mantenga al deseo como coordenada principal al que todo tratamiento de un padecer apunta.

En este sentido, la apuesta que este ensayo sostiene es que como psicoanalistas y futuros profesionales de este campo del saber, no quedemos reproduciendo significaciones que son ajenas a los fundamentos de nuestra práctica. A razón de esto, este ensayo configura un trabajo de escucha sobre lo que se dice acerca de la ansiedad para poder construir una postura que conciba a este padecer desde la lógica del sujeto del psicoanálisis.

I. Interrogantes sobre la ansiedad desde el Psicoanálisis.

Freud realiza el descubrimiento del inconsciente y junto con este nace un discurso diferente a la ciencia o la religión, una forma alternativa de pensar al ser humano: el psicoanálisis. Su aparición en la historia no estuvo signado por procesos de aceptación y consenso, más bien, el psicoanálisis se plantea desde allí generando una ruptura, discontinuidad y novedad. Desde sus comienzos género nuevas formas de concebir el padecer del sujeto que se contraponen con las ideas hegemónicas de las diferentes épocas. Así fue el caso de la histeria, una de las condiciones de posibilidad del descubrimiento freudiano, ya que frente a esta el psicoanálisis se presenta como el otro discurso. Las significaciones sobre este padecer en el siglo XX eran variadas, pero el psicoanálisis no se posicionó como una forma más de pensarla, por el contrario, las nuevas categorías que postuló tuvieron un carácter transformador y revolucionario.

Más allá de la histeria, cuestión de la que no trata este trabajo, hay una lógica que

no se puede perder de vista, una forma de actuar y de existir del psicoanálisis que

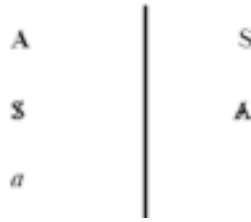
3

renueva constantemente su intención de generar otro discurso. Este discurso no es uno más porque su posicionamiento es radicalmente diferente a aquello que tienen en común los discursos imperantes. Es otro porque destierra de su lógica de funcionamiento la certeza, es una práctica que al encontrar un acierto continúa diciéndose a sí misma: “y entonces, no es eso” (Allouch, 1993 p.9). Y en ese movimiento sin fin el psicoanálisis crea, permite que algo del sentido caiga y lo que puede entonces decir transforma lo ya dicho.

La pregunta que motiva este ensayo se presenta en relación a la posición del psicoanálisis frente a la ansiedad. Se propone articular las diferencias, discusiones o diálogos posibles entre el psicoanálisis y la psiquiatría. Es sabido que las relaciones entre estos dos discursos poseen décadas de historia, tanto es así que Freud en 1917 se encarga de describir estas maneras diferentes de operar con aquello que le sucede al sujeto. En el texto *Psicoanálisis y psiquiatría* Freud (1917) nos conduce por un caso clínico de una mujer de 53 años con un diagnóstico de delirio de celos que él mismo interpela. Allí expone:

¿Qué actitud adopta el psiquiatra frente a un caso clínico así? Harto lo sabemos: la misma que adoptaría frente a la acción sintomática del paciente que no cierra las puertas que dan a la sala de espera. La declara una contingencia sin interés psicológico, y no le da más importancia (...) La acción sintomática parece ser algo indiferente, pero el síntoma se impone como importante. Va conectado a un intenso sufrimiento subjetivo (p. 229).

A partir de esta frase podemos situar la lectura de Freud en contraposición a la psiquiatría. Frente a aquello que el sujeto padece, que hace síntoma, que trae a análisis (lo cual conlleva un intenso sufrimiento subjetivo) el analista propone la escucha. Lo que se dice es a veces aparentemente indiferente, hasta sin sentido. Pero la construcción que se realiza junto al analista le otorga el carácter de importante y el síntoma así, se impone. A su vez, esta construcción del síntoma en análisis no se comprende en su totalidad sin la inclusión de la categoría de angustia ya que, el trabajo que en análisis se realiza, cuenta en el mejor de los casos con la aparición de este afecto que conduce la escena analítica. Este lugar que el psicoanálisis le otorga a la angustia dentro de la clínica se fundamenta en la relación que ésta posee con el deseo. Cuando Lacan (2006) escribe en el *Seminario X el esquema de la división subjetiva*, le otorga a la angustia una posición media entre el goce y el deseo, es a partir de esta ubicación que se configura su función dentro del análisis. Lacan desarrolla tres versiones diferentes del esquema de la división subjetiva a lo largo del mismo seminario para escribir la entrada del sujeto en el campo del Otro. En esta entrada se produce una pérdida del goce que Lacan sitúa en el primer piso del esquema, por lo cual el Otro se presenta entonces como incompleto, lo que da cuenta de la falla inscrita en la estructura. A partir de la incompletud del Otro, el sujeto se constituye como sujeto dividido, dividido por la incidencia del lenguaje, por constituirse en el campo del Otro afectado por la falta. El resto que queda de la división del Otro es el objeto a. El objeto a se presenta aquí como causa del deseo, en el nivel de la angustia que se encuentra en relación al deseo del Otro. La angustia aparece entre el sujeto mítico del goce y el sujeto dividido del deseo, en posición media entre el goce y el deseo. Si el sujeto no atraviesa el momento lógico de la angustia, no puede constituirse como sujeto dividido.



Esquema de la división subjetiva

(Lacan, 1962 p 36)

Entonces, sin este pasaje no se puede entender la constitución misma del deseo en el sujeto. Por esta razón el análisis pone en juego a la angustia como afecto, en este el síntoma hace su pasaje a la angustia para alcanzar una relación con lo que es del orden del deseo. Esta cuestión continúa desarrollándose en el apartado siguiente, pero lo que nos importa puntualizar desde aquí es que si en vez de construir otro sentido este se cierra con un nombre de categoría psiquiátrica, la angustia no opera y la dimensión del deseo no aparece posibilitada. El padecimiento queda definido pero no ubicado, no entramado en la historia singular.

La psiquiatría entiende la ansiedad como un trastorno, bajo esta categoría se sitúa que algo de lo que era constante en el individuo se ve alterado. Aquí podemos colocar una pregunta que interrumpe esta lógica: ¿Qué es constante en lo humano? Desde el psicoanálisis no hay posibilidad de pensar este padecer bajo la forma de un trastorno ya que con lo que nos encontramos cuando se trata del sujeto es siempre con desviaciones de lo normal o constante. A partir del descubrimiento freudiano se concibe como lo propio del sujeto a la sexualidad, la pulsión y el deseo. Sexualidad que se caracteriza por cierta inadecuación, por la imposibilidad de hallar el objeto total o el primado de los genitales. Con lo que trabaja el psicoanálisis es con un cuerpo hecho del lenguaje, entendiendo al cuerpo como lo que el lenguaje construye del organismo, escribiendo como perdida la naturaleza. Hablar de trastorno supone a un sujeto gobernado por instinto y no por lo sexual que deja huella, como planteó Freud durante toda su obra. En este sentido, si desde el psicoanálisis nos proponemos argumentar sobre aquello que es constante en el ser humano se trataría del empuje de la pulsión. No hay constancia si la pensamos al nivel de algo fijo que se comporta de igual manera para todos, sino más bien que lo único que actúa en este sentido es la insistencia de la pulsión y su búsqueda por un objeto que está perdido. Es por esto que Freud durante toda su obra se ocupa de borrar las diferencias y desarrollar los entrecruzamientos entre lo normal y lo patológico.

La operación propia de la psiquiatría consiste fundamentalmente en un nombramiento del padecer, en este caso bajo la nomenclatura de Trastorno de Ansiedad Generalizada si tomamos como referencia las últimas ediciones de 1995 y 2013 del Manual Diagnóstico y Estadístico de los Trastornos Mentales de la Asociación Psiquiátrica Americana. La conceptualización del padecimiento que se realiza en estos manuales difiere en su intención de la ética del psicoanálisis por su propósito de nombrar para producir una verdad estadística. Más allá de la definición que presentan, no hay puesta en juego ni pregunta por el padecer singular. La psiquiatría, con este mecanismo de nombramiento, construye y fija un sentido, un saber estático y general que aplica al sujeto. El psicoanálisis, en cambio, intenta producir el efecto contrario: deconstruir el sentido con el que el analizante se presenta en su decir, el cual puede venir de la mano de un diagnóstico psiquiátrico o presentar otras formas. Esta perspectiva es la que Lacan (1975) formaliza en el *Seminario XX* donde delimita al inconsciente lacaniano como un conjunto de significantes que se repiten y que pueden engancharse a un saber. Es decir, plantea una clínica en la cual no se parte de un saber al cual hay que de descifrar por reprimido o desplazado, una clínica que no llena de sentido. De esta

manera, con esta base, la posición del analista supone también poder leer este conjunto de significantes (este inconsciente), sin la ligazón a un saber. A esto apunta el psicoanálisis a diferencia de la psiquiatra, que da con su nombre un sentido externo a lo que le acontece al sujeto. Podría entenderse que la posición del analista apunta más a un sin-sentido que al otorgamiento de sentido. El acto analítico no implica el desciframiento de un sentido oculto sino el vaciamiento del sentido, dando lugar así al malentendido propio de la dimensión subjetiva en juego.

La psiquiatría en cambio, mediante la operación que estamos describiendo, pierde de vista la dimensión del equívoco y del malentendido que es estructural y estructurante.

5

Tras la sigla (TAG) queda escondido el sujeto. La nomenclatura define un modo de ser que queda estático, a diferencia de la puesta en escena de la angustia que permite ir dibujando desde la dirección de la cura el vector del deseo. En análisis se trata de los efectos de la palabra, por lo tanto se centra en lo que el sujeto dice. Cuando se lo define más allá de eso, con una categoría, el saber se produce del lado equivocado. Al quedarnos con el nombre el saber queda del lado del psiquiatra y por fuera del sujeto. Desde el psicoanálisis se sostiene que al traer su padecer el paciente no expone solo un conjunto de signos (como problemas de sueño, fatiga, etc) sino un modo particular de sufrir, de gozar. El analista, más allá de la forma en que el sujeto nombre su padecimiento desde parámetros externamente establecidos, no pierde la dimensión real del goce en la que está implicado el analizante. Nos referimos con esto a la dimensión de goce que todo síntoma comporta, que queda elidida si sólo se interviene a partir de lo observable. Y se incluye el registro de lo real, porque la práctica clínica psicoanalítica implica un trabajo de lo real en tanto el deseo está causado por ese resto irreductible que está ligado a lo real, el objeto a.

Otra cuestión importante a tener en cuenta es la unión actualmente presente entre el discurso psiquiátrico y la farmacología. Frente al padecimiento de cada sujeto, la respuesta farmacológica se presenta como poseyendo el pleno conocimiento de lo que ocurre en todos los casos, lo cual representa para el sujeto una amenaza de borramiento, de desaparición. Como se planteó, el saber está colocado del lado del psiquiatra, por fuera del sujeto, lo que implica que aquel que representa este saber debe ejercerlo, debe dar una respuesta sobre qué hacer con aquello que el sujeto padece. La consulta psiquiátrica responde a esta estructura en la cual el médico da una solución sobre aquello que el paciente trae.

La propuesta del psicoanálisis es radicalmente diferente en este aspecto. Es Lacan (2006) quien describe esta cuestión utilizando la triada frustración-agresión regresión. Es decir, quien explica el movimiento del análisis, a diferencia de la psiquiatría, según la puesta en escena de estos tres términos. El autor postula que cuando el sujeto llega a análisis construye una demanda, o de la misma manera, busca ser demandado. Para Lacan esta es una condición propia de la neurosis. En su fantasma el neurótico traslada al Otro la función del objeto a, construyendo así una demanda del Otro. Este armado permite al sujeto colocarse como objeto para el deseo del Otro. Es decir que por una vía fantasmática, el sujeto busca ser aquello que completa al Otro. De la misma manera, se hace demandar por el Otro para constituirse como aquello que el Otro pide. Según el autor, esta estructura es la que pone en juego el analizante en la transferencia ya que quiere que el Otro, lugar al que adviene el analista en primer instancia si se instala la transferencia, le dé una respuesta que le permita ubicarse satisfaciendo al Otro y desconociendo así la incidencia de ese resto que ha caído (Lacan, 2006). De esta manera el analizante se hace demandar por el analista, frente a lo cual este hace el movimiento de frustrar esta demanda. Cuando el analista no responde a la demanda, en el analizante se produce la frustración que permite que las cosas se puedan armar de otra manera y algunas comiencen a ponerse en discurso. El neurótico quiere que le pidan

algo y si no le piden nada empieza a modular sus propias demandas cada vez más originarias (regresión); empieza a dar algo más, su síntoma por ejemplo. Es entonces posible sólo a partir de la frustración de la demanda que algo de este armado en el cual el sujeto queda siendo ese objeto que satisface al Otro puede ser interpelado, porque a fin de cuentas la cuestión reside en que no hay ningún Otro cuya falta puede indicar la ubicación del sujeto para colmarla. Con el movimiento de la frustración se conmueven las estrategias fantasmáticas bajo las cuales el sujeto está tomado para no encontrarse con esa falta de lugar en el Otro.

De esta manera comprendemos que la respuesta farmacológica que se produce del lado de aquel que está situado en el lugar del saber se introduce en este circuito y nos preguntamos entonces qué ocurre si se responde satisfaciendo la demanda con un fármaco. El sujeto queda respondiendo al Otro, colocado bajo esta imagen de ansioso que el Otro le atribuye y desviando por fuera de sí, en un fármaco, la cura. De esta

6

manera, el síntoma continúa funcionando en su dimensión gozosa, en un movimiento que retorna siempre al mismo lugar, nada nuevo se abre. Su causa es extraída del sujeto y el trabajo en torno a el síntoma queda limitado a la prescripción de un fármaco, dejando por fuera la implicación del sujeto con su síntoma.

Por el contrario, desde la clínica psicoanalítica es posible ubicar el saber del lado del sujeto y no del lado externo, rescatando la dimensión singular, la condición histórica que le da sentido al padecer. Esta postura implica ir más allá de la definición del ser a través de un padecer: *soy ansioso*, generando una ruptura a las certidumbres; poniendo en juego el enigma para que el sentido no quede cristalizado. Es de algún modo volver a aquella pregunta que Freud le hace a Dora y que Lacan trabaja en el texto "Intervenciones sobre la transferencia": ¿cuál es tu propia parte en el desorden del que te quejas? (Lacan, 2009 p. 213). En su discurso Dora planteaba una serie de acontecimientos que formaban parte de su realidad y en los cuales ella no tiene participación más que por el hecho de ser afectada por ellos. En este contexto la intervención de Freud busca ubicar el lugar de Dora en aquello que dice. Esta pregunta representa una intención de todo psicoanálisis, que el sujeto pueda colocarse como participe en su padecer, en lo dice de él, implicándose en su historia y no dejando la causa por fuera de él. La operación que Freud hace con Dora muestra como dentro del psicoanálisis el saber siempre se reconduce al sujeto a diferencia de la psiquiatría o de la respuesta farmacológica que elude la pregunta acerca de las implicancias del sujeto en lo que padece, en la causa.

El trabajo con la ansiedad dentro de la clínica psicoanalítica toma como base estas coordenadas que la diferencian de otros discursos. A continuación nos proponemos trabajar con algunas categorías de nuestro campo que nos sirven para reflexionar sobre ella y conceptualizarla. Nuestra perspectiva nos obligará a suponer ansiedades, sin perder la singularidad en juego. Lo que se desarrolla en los siguientes apartados tal vez represente un recorrido posible, que no pierde de vista que existen tantos recorridos como sujetos que arriban a un análisis.

II. Ansiedad y angustia. Primeras delimitaciones.

El psicoanálisis nos brinda una categoría principal para continuar problematizando en relación a la ansiedad: la angustia. Este término tuvo diferentes significaciones en la obra de S. Freud y presentó su manifestación más acabada en *Inhibición, Síntoma y Angustia* (1926). Las diferentes traducciones que tuvo este texto fundamental en la historia del psicoanálisis fue tal vez la causa de la confusión entre la conceptualización de Freud de estos conceptos, ya que si confrontamos las ediciones de Amorrortu y de

Ballesteros de la obra freudiana nos encontramos con diferentes traducciones de la palabra alemana *angst*. En el primer caso esta es traducida como angustia mientras que en el segundo como ansiedad, situación a partir de la cual pueden derivar confusiones interpretativas entre estos términos. Algunos autores post-freudianos, como por ejemplo Melanie Klein, siguieron la línea de concebir este término freudiano como ansiedad postulando su propia teoría de este concepto, desarrollo que plasma en diferentes escritos como por ejemplo *Sobre la teoría de la ansiedad y la culpa* publicado en 1948.

Por otro lado, Lacan trabaja ambos términos por separado y si bien se dedica a teorizar en mayor medida sobre la categoría de angustia, nombra la noción de ansiedad en parte de sus seminarios. En la clase VI del *Seminario I* (1953) el autor toma un caso de Anna Freud y concibe la ansiedad como un estado, nombrandola también bajo la forma de crisis de ansiedad o sentimientos de ansiedad (p. 106). Posteriormente, dentro de la misma clase, considera un caso de Melanie Klein en el cual pone en relación la ansiedad con las identificaciones imaginarias. Allí escribe:

A cada una de las relaciones objetales corresponde un modo de identificación cuya señal es la ansiedad. Las identificaciones a las que se refiere preceden a la identificación yoica.

7

Pero aún cuando su última esté realizada, toda nueva re-identificación del sujeto hará surgir la ansiedad: ansiedad en tanto ella es tentación, vértigo, pérdida del sujeto que vuelve a encontrarse en niveles extremadamente primitivos. La ansiedad es una connotación, una señal, como siempre lo formuló claramente Freud: una cualidad, una coloración subjetiva (Lacan, 1953 p. 113).

Por un lado situamos que en este seminario Lacan define a la ansiedad como estado, sentimiento, cualidad y coloración subjetiva, lo que denota que la está colocando en relación al yo. Esto tiene sentido ya que podemos leer cómo construye una unión entre ansiedad e identificación, marcando que la primera sería la consecuencia de la puesta en marcha de la segunda. Al partir de considerar el momento específico de la escritura de este pasaje dentro de la enseñanza de Lacan y de los propósitos de este seminario en particular, entendemos que Lacan se refiere a lo que luego llamará identificaciones imaginarias, ese sistema de identificaciones alienantes cuya superposición conforma el yo. Esta idea se sostiene a lo largo del seminario y reaparece en la clase VIII a luz del caso de una alumna cuyo paciente niño presentaba “fallas de las funciones de síntesis del yo” (p. 165) que dieron como consecuencia una identificación al lobo. De este modo, aparece la ansiedad en el análisis de este paciente, anudada a la identificación del niño al lobo a causa de una evidente desestructuración yoica. Lacan entonces sitúa una posible aparición de la ansiedad cuando se llega a estados en cuales hay peligro de desintegración del yo, cuando parece perderse la referencia primaria, por eso él explica que corresponde al momento en el que se producen las primeras identificaciones. Esta idea vuelve a aparecer en la clase XXV del *Seminario VI* (1958) cuando plantea que las primeras relaciones del niño con los objetos son fuente de ansiedad para este.

Al buscar una definición lacaniana de la ansiedad nos encontramos así con esta posible delimitación que la sitúa como un estado o coloración subjetiva que aparece como consecuencia de un momento de desorganización yoica que el asemeja a los momentos primarios de la constitución subjetiva en el cual el niño se relaciona con sus primeros objetos. Por eso es que en su primer seminario sitúa la ansiedad al nivel del vértigo, la inestabilidad y la caracteriza como un momento en donde el sujeto vuelve a encontrarse en un nivel primitivo. Ahora deberíamos marcar como teoriza Lacan la angustia a diferencia de la ansiedad, luego retomaremos estas argumentaciones.

Si tomamos ahora su desarrollo en relación a la angustia, el autor parte del *angst* freudiano expuesto en el texto anteriormente mencionado para realizar su propia

teorización sobre esta categoría, tomando como base la caracterización de la angustia señal. La intención del presente escrito es poder argumentar que la ansiedad muestra un estado muy diferente a la angustia, en particular si la pensamos en relación a la escena analítica, cuestión que Lacan trabaja y que aquí nos interesa.

Ansiedad y angustia ocupan lugares diferentes en la dirección de la cura. Lacan (2006) trabaja la articulación entre estos últimos dos términos otorgándole a la angustia un lugar central en el análisis, presente en la relación entre analizante y analista. A partir del *Seminario X* podemos decir que la angustia es el afecto que no engaña. Para comprender esto debemos volver a la formulación del fantasma y situar que el sujeto se coloca en tanto objeto para el Otro. Lo que plantea el autor en este seminario es que el verdadero objeto que el sujeto querría ser para completar al Otro en realidad no aparece, en su lugar se coloca un postizo, aquello con lo cual engaña al deseo del Otro. El sujeto se coloca tras un significante y por eso en el armado significativo se puede engañar. Lo importante que Lacan plantea es lo siguiente: solo la angustia es señal de la presencia de algo más allá de la máscara significativa. La angustia es lo que viene a interrumpir la cadena, constituyendo un signo de la aparición del deseo. Es a partir de esta relación estrecha al deseo que adquiere su lugar en análisis y que se diferencia de la ansiedad. Su aparición en la escena es señal de la presencia de algo concerniente al deseo del sujeto, deseo que se concibe en relación al deseo del Otro ya que el sujeto se constituye

8

en el campo del Otro. El hecho de que este Otro posee un punto de vacío, indeterminación o falta, constituye al propio sujeto como deseante. A razón del armado de esta estructura el sujeto hará una lectura de aquello que al Otro le falta. Ante lo incalculable se hace la pregunta: ¿qué quiere de mí? El punto es que la angustia aparece ante la imposibilidad de respuesta a esa pregunta, posee por esto una relación al deseo del Otro. Bajo estas coordenadas se comprende que Lacan sitúa a la angustia en este seminario como el motor del análisis, porque pone en juego este enigma, esta pregunta sobre el objeto que se es para el Otro.

A partir de estas intelecciones podemos definir ahora la ansiedad desde la perspectiva del psicoanalista J Fernández Miranda (2020). Este autor plantea lo siguiente:

La ansiedad es un estado de excitación motriz generalizada e indefinida, gobernada por la avidez hacia algún objeto, preciso o impreciso, pero siempre inaccesible (...) No promueve ninguna pregunta sobre el interior sino que se agota en la exigencia perentoria de un objeto exterior, elide pues toda interrogación acerca del deseo y anula la temporalidad al interior de la cual la interpelación al sujeto podría desplegarse (p 30).

La presente definición nos describe un estado particular del cuerpo llamado excitación en el caso de la ansiedad, así como también una experiencia signada por la necesidad de encontrar de manera urgente un objeto que en la experiencia se le presenta como inaccesible al sujeto. De igual manera, se plantea una condición singular para el deseo, que en este caso podemos decir en primera instancia que estaría elidido, es decir, suprimido o no posibilitado. Este requiere de un tiempo para la pregunta, cómo trabajamos en el apartado anterior, de una interpelación del sujeto en relación a su padecer, que en estos casos no podría hacerse presente. Para poder trabajar cada una de estas cuestiones elegimos como primera vía la contrastación de las características de la ansiedad que describe este autor con la definición de angustia elaborada por Lacan y anteriormente expuesta. En primer lugar, la cita seleccionada anticipa un punto importante para poder pensarlas como experiencias opuestas dentro de la escena

analítica, ya que allí el autor caracteriza la experiencia ansiosa en torno a la imposibilidad de la interrogación acerca del deseo. Si nos centramos en el lugar de ambas en la escena podemos plantear que la ansiedad no permite la articulación en el análisis de aquello que la angustia habilita. La angustia es el afecto que permite contornear el vacío de respuesta sobre aquello que nos constituye. Se podría decir que representa un conflicto interno, mientras que la ansiedad se vuelca puramente hacia el exterior, elidiendo la posibilidad de encuentro con algo de este conflicto. En este mismo sentido Luciano Lutereau (2021) plantea que la angustia “es un efecto interpelador, quien se angustia se pregunta acerca de sus posibilidades, tiene ese giro sobre la propia vida que la ansiedad no tiene (...) la ansiedad es una pasión del hacer” (min 2:58). A partir de estas diferencias con la angustia es que podemos ir construyendo algunos parámetros para definir la ansiedad. Esta aparece como un determinado estado que cuando se produce deja al sujeto fuera de juego, el individuo queda maquinizado, actuando en el exterior a la forma de una descarga o de un hacer que deja por fuera la posibilidad de la pregunta por el padecer. Diremos entonces que la angustia habilita un camino a repensarse, instala una pregunta, mientras que la ansiedad detiene ese proceso, exteriorizándose en un hacer. Un hacer que, desde la perspectiva de J. Fernandez Miranda tiene que ver con la exigencia del encuentro con un determinado objeto exterior.

Antes de desanudar esta cuestión, no debemos dejar de lado que en el extracto de J. Fernandez Miranda que estamos analizando también hace referencia a una temporalidad específica, porque mientras que la angustia permite la acción de corte, la ansiedad se presenta cuando no hay posibilidad de interrupción ya sea del cuerpo, del pensamiento o del discurso. La angustia habilita el tiempo para la interrogación y la

9

ansiedad representa más bien una certeza que imposibilita la entrada en análisis. Si en este punto retomamos el esquema de la división subjetiva que Lacan (2006) trabaja en el *Seminario X* podríamos ubicar ansiedad y angustia dentro de esta estructura para comprender porque el autor coloca a la angustia del lado de la posibilidad del deseo y la ansiedad como una posición que no permite que el análisis se dirija a este punto.



Esquema de la división subjetiva

(Lacan, 1962 p 36). La tercera columna es de elaboración propia.

El esquema de la división subjetiva explica también la estructura subyacente a todo análisis, en esta situamos a la angustia en una posición media entre el goce y el deseo. Esta posición media es la que le otorga un lugar diferencial dentro de la escena analítica. En tanto su pasaje dentro de esta configura una señal de la caída del objeto a como resto, constituyendo al sujeto como deseante.

Es a partir de dichas coordenadas teóricas que nos preguntamos cómo podríamos situar a la ansiedad desde esta perspectiva, a partir de pensar aquel sujeto que llega a análisis definiendo su ser bajo la categoría general de ansioso que recubre su padecer y no deja espacio para la interrogación de eso. La ansiedad puede situarse así como un modo de entrada a análisis en donde el sujeto arriba con la certeza de poseer un conocimiento total de lo que le sucede, allí el análisis intentará provocar una posible caída, un agujero que desarme ese saber estático bajo el cual el sujeto que posee ansiedad se esconde con el diagnóstico. Se trata de hacer hablar al sujeto, recreando de

esta manera la falta y produciendo como efecto la angustia. Por esto podemos colocar a la ansiedad en el lugar del goce, que luego debe caer para hacer lugar al deseo. Porque si bien no todo goce implica un estado de ansiedad, estamos delimitando una posible experiencia ansiosa en donde se reconoce un pretendido acceso al goce.

Así como la angustia se constituye en una vía al deseo dentro de la escena analítica, a la ansiedad la podemos situar en esta dimensión gozosa por la cual el sujeto queda nominado por la categoría psiquiátrica sin interrogarse por la causa de eso y es la emergencia de la angustia la señal de que algo de esto ha sido conmovido. La función del deseo del analista opera allí para que más allá de la ansiedad se pueda poner en juego la angustia dentro de la escena. Por eso la ansiedad puede constituir una forma de entrada al análisis en donde el padecer aparece como imposible de interrogar, donde la imagen unida a la categoría de *ansioso* es asumida e inamovible. El hecho de que exista un paso de la ansiedad a la angustia implica que algo de eso fue puesto en cuestión.

Por otro parte, si continuamos con la definición de ansiedad anteriormente expuesta veremos que se propone caracterizar la ansiedad a partir de una relación particular con los objetos signada por la búsqueda de un objeto inaccesible. Lo que explica el autor es que en la ansiedad no hay objeto que sature y apacigua. El autor asocia estas características a la búsqueda incesante de nuevos objetos, de un movimiento circular de constante búsqueda y decepción. Esta búsqueda compulsiva por diferentes objetos que está presente en el estado ansioso que describimos se encuentra en relación con aquellas características que Lacan (1953) mencionaba en cuanto a la ansiedad como momento en el cual se vuelve a un estado primitivo o de desorganización interna. Tanto la identificación como la búsqueda continúa por el objeto se comprenden como dos mecanismos que según estos autores pueden aparecer acompañados de ansiedad.

10

Sin embargo lo que otorga especificidad a la búsqueda ansiosa es una cualidad que pretende encontrar en su objeto, J. Fernandez Miranda (2020) plantea que “gobernada por la expectativa de un objeto pleno, la temporalidad ansiosa es circular y repetitiva” (p. 33). Esta interacción implica que la cualidad que se pretende encontrar determina la imposibilidad del encuentro y fija así la experiencia ansiosa como una experiencia repetitiva que construye un circuito sostenido en la veladura de la falta de un objeto completo. Tenemos entonces la conceptualización de la ansiedad unida a la búsqueda de cierto objeto, el cual insta un accionar repetitivo debido a la estructural imposibilidad de encuentro con tal objeto de satisfacción total. Por el otro lado, la angustia posee relación con un objeto con estatuto especial. A diferencia de la ansiedad, la angustia se encuentra en relación con cierto objeto perdido, esto deja conceptualizado Lacan en el *Seminario X*. La angustia no es sin objeto, colocándola en relación al objeto a. Este está siempre por detrás, como causa, y por eso se diferencia de aquel que se puede captar, el objeto que está por delante. A partir de este seminario el objeto a se constituye como el objeto causa de deseo, desprendido de toda relación con lo imaginario y con el significante. La angustia es correlativa de este objeto, es señal de que este ha pasado al lugar del sujeto. Es decir cuando el sujeto se revela como lo que es efectivamente, un objeto a (un resto) para el deseo del Otro que lo constituye. Este es el punto en el cual ansiedad y angustia poseen existencias radicalmente diferentes. Si la ansiedad pone en acto la búsqueda de un objeto total, la angustia representa la ausencia de éste. Representa la inexistencia de un objeto que colme ya que se vincula con el objeto a, ese deshecho imposible de reintegrar en el campo del Otro.

Ahora podemos comprender mejor el hecho de que situamos a la ansiedad en el primer piso del esquema de la división en el cual Lacan pone al Otro y al sujeto no barrados. Si bien este tiempo es mítico, la ansiedad representa la búsqueda de esa

completud inexistente. Por el contrario, la angustia se escribe en el segundo piso, en donde se sitúa el encuentro con el Otro barrado, con la castración en el Otro, con la certeza de que no hay Otro.



Esquema de la división subjetiva

(Lacan, 1962 p 36). La tercera columna es de elaboración propia.

El resto que cae en el tercer piso es el objeto de la angustia, el objeto causa de deseo, con el cual trabaja el analista. Es el deseo del analista el que apunta a introducir algo de la angustia, suscitando la pregunta por el deseo del Otro. El deseo del analista podemos concebirlo como un lugar vacío, cuestión que Lacan (2006) comienza a plantear en la clase del 5 de diciembre del *Seminario X*. Preservando este lugar, lo que allí viene a alojarse es el deseo del sujeto como deseo del Otro. Lo que este vacío tiene por meta es permitir el surgimiento del objeto a. Por eso el deseo del analista es inseparable del lugar de causa, otorgando valor a la angustia que da cuenta de ese vacío, de esa caída del marco que apunta a lo que no engaña. La presencia de angustia es señal de la aparición del sujeto. El lugar de vacío es solidario con este mecanismo que opera del lado del analista, por el cual el a se constituye como motor. Por eso el deseo del analista preserva esa nada, ese agujero que es causa de deseo.

III. Una conceptualización psicoanalítica de la ansiedad y sus coordenadas clínicas posibles.

Si lo que determina la experiencia ansiosa se encuentra en relación con la búsqueda incesante de un objeto pleno que colme, deberíamos plantear en primer término la imposibilidad implicada en esta búsqueda. Esta cuestión se encuentra ya plasmada en la enseñanza de Freud dentro de su conceptualización del objeto como objeto perdido, versión que podemos encontrar en *La interpretación de los sueños* (Freud, 1899). Allí, Freud desarrolla que el desamparo inicial configura el escenario donde se produce una primera vivencia de satisfacción; esta deja una huella generando una división imposible de escindir entre la satisfacción de la necesidad y la realización de deseo. Esta vivencia estructural de la neurosis adquiere su sustento en aquella escena mítica en la cual el bebe, comandado por una creciente tensión interna realiza un llamado al otro que responde y deja por tanto una huella mnémica en el aparato psíquico que se le une a la primera huella de la necesidad. Cuando la necesidad vuelva a surgir el aparato psíquico intentará volver a reactivar esa segunda huella por un camino alucinatorio, ya que la posibilidad del reencuentro con esa primera satisfacción está perdida. Este mítico encuentro con el objeto condena el sujeto a la constante búsqueda por repetir esa primera satisfacción, ese primer encuentro. Este relato que explica el origen del deseo desde la teoría freudiana, es retomado por Lacan en gran parte de su obra, como por ejemplo en *“La Significación del Falo”* (2007), donde puntualiza sobre la existencia del

deseo a partir de la lógica de la necesidad y la demanda. El autor plantea que este llamado inicial del que hablaba Freud es decodificado por el Otro como demanda a partir de su propio deseo. Esta respuesta del Otro no completa la necesidad, dejando un resto que da origen al deseo. Dónde debería situarse el objeto de la necesidad se introduce, por la existencia del lenguaje, un objeto simbólico, dependiente y constituido por la demanda. Es decir, un objeto que no satisface la necesidad. La existencia del deseo es solidaria de la pérdida del objeto natural, de la posibilidad de la existencia de un objeto que se corresponde con el sujeto. Este punto cero, mítico del surgimiento del deseo, de apresamiento de la estructura del lenguaje al organismo; deja por fuera la posibilidad de la instintual y la satisfacción instintiva en lo que te atañe al sujeto. A causa de que en él la satisfacción de las necesidades se produce en el campo del lenguaje, no hay encuentro adecuado con un objeto predeterminado. La pulsión se relaciona con un objeto que está por esto perdido.

Sobre esta base constitutiva del sujeto como deseante, se sitúa a la ansiedad como sosteniendo la ilusión de la existencia de un objeto ideal que colmaría. Frente a la imposibilidad de encuentro con el objeto de la satisfacción total, la ansiedad se coloca como respuesta, expresando la búsqueda imposible que muta de objeto a objeto. Es decir, el objeto de la satisfacción total está por estructura perdido y la ansiedad expresa un quehacer particular que se expresa en esta relación con los objetos que estamos distinguiendo. J. Fernandez Miranda (2020) concibe por tanto que “la experiencia ansiosa indica una relación problemática con la pérdida” (p. 35), el autor ubica la presencia de una desmentida sobre la inexistencia de ese objeto pleno en estos casos. Como planteamos en el apartado anterior, angustia y ansiedad signan experiencias opuestas por el hecho de que la primera puede hacerse presente cuando ocurre algo que denota la inexistencia del objeto total, la caída del a en la constitución del sujeto; y la segunda representa una experiencia que intenta desconocer este punto. Siguiendo esta línea, se puede plantear a la experiencia ansiosa como un tratamiento particular de la pérdida. Este tratamiento implica la búsqueda incesante de objetos gobernada por la insatisfacción, por tanto, en parte desconoce la pérdida. Sin embargo y al mismo tiempo no es completamente desconocida, ya que no podríamos situar la ansiedad por fuera de la neurosis.

Esta configuración que marca la experiencia ansiosa demarca una cierta relación con los Otros que podemos comenzar a pensar desde la experiencia analítica. Lo que J.

12

Fernandez Miranda (2020) plantea es que se produce “un reclamo transferencial constante e intransigente dirigido a el Otro omnipotente que, según el momento, provea un objeto que colme” (p. 46). Se pone en juego algo del orden del pedido o de la demanda al Otro. A su vez se plantea la cuestión de la omnipotencia, porque el Otro queda colocado en ese lugar en el cual puede responder e incluso dar una respuesta total. A partir de la demanda, el analista queda colocado en el lugar del Otro, desde el cual es incitado a responder con ese objeto total, con aquello que colme. Este lugar, que Lacan escribe como Sujeto Supuesto Saber, es un modo de entrada a análisis en el cual el analizante supone la presencia de un saber sobre el mismo en el analista, un saber acerca del lugar del sujeto en el Otro. En el *Seminario XI*, Lacan (1964) lo nombra como un engaño que permite la estructuración de la transferencia en primera instancia. Luego, el analista cae de ese lugar en donde predomina la idealización para que se produzca lo que el autor llama la liquidación de la transferencia o del sujeto supuesto saber en cuanto tal, lo que se produce el fin de ese engaño que permitirá otorgar al objeto a el estatus especial que posee dentro de la experiencia analítica. La caída del analista del lugar de sujeto supuesto saber permite que el objeto a funcione en la escena como causa de deseo. Implica el encuentro con el hecho de que no existe ese saber que era supuesto, por tanto, no hay respuesta del lado del analista acerca del lugar del sujeto en el Otro. El analista queda así ubicado como soporte del objeto a separador, haciendo eco de ese

vacío, de la inexistencia de la significación que le dé al sujeto una respuesta que le pueda situar qué objeto es para el Otro. El analista se presenta como aquel que no da una respuesta total. En contraposición a esto pone en juego la función de corte, que se sitúa en la dimensión del objeto a, causa de deseo. Por esta razón la angustia se hace presente en este recorrido, ya que aparece cuando el sujeto no tiene respuesta acerca de el lugar que ocupa para el Otro. En el *Seminario X Lacan* (2006) da el ejemplo de la mantis religiosa para explicar esto. La mantis es una hembra que se come a los machos, lo que el autor nos propone es que supongamos que nos encontramos frente a la mantis con un disfraz. Este disfraz no sabemos si es de macho o hembra, por lo cual no sabemos si nuestro destino es ser comidos por la criatura o no, porque no sabemos como ella nos ve. Es decir, la metáfora representa el hecho de que nunca podemos saber como nos ve el Otro, qué objeto soy para la mantis y por tanto que va a hacer conmigo. La mantis vendría a ser ese Otro que tiene un punto de vacío y la angustia aparece ante el no saber qué objeto soy frente al Otro. El análisis pone en juego esta imposibilidad de respuesta y por esta razón la angustia es su brújula. A modo contrapuesto a la angustia, la búsqueda ansiosa representa esa creencia en la posibilidad de una respuesta, así como en la posibilidad de la existencia de un objeto que complete al sujeto.

Si hacemos una recapitulación de lo presentado hasta ahora diremos que situamos a la experiencia ansiosa asociada a un quehacer particular con la pérdida constitutiva del sujeto de deseo, lo cual configura una determinada forma de ingreso al análisis en el caso de la ansiedad, fundamentalmente determinado por la relación que establece con el Otro. Siguiendo esta misma línea, la experiencia ansiosa se presenta también bajo una forma de experimentar el tiempo. Como escribe L. Lutereau (2022) “la ansiedad es hambre psíquica; pura voracidad, pero sin objeto” (párr. 7), la ansiedad se come el tiempo, instaura la inquietud y la urgencia. Provoca accionares repetitivos para llenar el vacío que están destinados al fracaso. Así, el tiempo no se puede atravesar, pero tampoco se puede perder. La relación con el tiempo en la ansiedad nos sitúa puramente en la inmediatez en la cual no hay corte posible, no hay tiempo que habilite a la apertura de la palabra. Cuando decíamos que la ansiedad obtura la posibilidad de un análisis estábamos hablando en parte de esta cuestión: que el tiempo de la ansiedad es contrapuesto al tiempo del análisis, el cual podríamos comprender como el tiempo de la historia. Historia que no está establecida sino que implica una construcción dentro del análisis. La ansiedad representa una experiencia que podríamos caracterizar como de puro sentir inmediato; por el contrario el análisis instaura el tiempo del decir, de la palabra. Tal como escribe Lacan en 1956, la clínica psicoanalítica se orienta a partir del lenguaje y el campo de la palabra (Lacan, 2009). Esta palabra en tanto tal, porta un vacío

13

constituyente de la palabra misma, y además, se encuentra en alguna relación con la verdad. Si tomamos este escrito, la escena analítica toma como protagonista a la palabra, pero no la palabra vacía que es efecto del sujeto hablando de un supuesto si mismo sin que eso le concierna; sino de la palabra plena que tiende a introducir el tiempo y la dimensión de la historia. Lacan comprende la palabra vacía como aquella que tiende a la realización de la imagen narcisista, de un supuesto sí mismo del cual se puede decir por ejemplo que es ansioso. La emergencia de la palabra plena implica una interrupción y una vacilación de esa imagen narcisista. Mientras que ésta se sitúa en un momento actual determinando una imagen cerrada (soy ansioso), la palabra plena hace existir un sujeto en el tiempo.

Si en los comienzos de análisis lo que se hace presente es la palabra vacía, es el deseo del analista aquel que buscará realizar un corte allí para que en el discurso del paciente aparezca la palabra plena. En nuestro caso, podría ser que el analizante llegue a análisis afirmando esta imagen narcisista construida: soy ansioso. El análisis buscará introducir allí al sujeto en el tiempo de la historia a partir del cual permite que la ansiedad

se constituya como un síntoma analítico, esto habilita a que sea interrogado por el sujeto desde los avatares de su historia singular. Implica la producción de un pasaje para el sujeto, de conocer su síntoma a reconocerse en él, de la dimensión gozosa del síntoma hacia la vía de ser eso analizable.

Por eso el primer movimiento del análisis no consiste exactamente en 'implicar' al sujeto, sino más bien en quebrantar su implicación en la conducta sintomática, en romper la egosintonía de la neurosis; no 'que se haga cargo' entonces, sino que experimente más bien lo contrario, la amenidad, la extrañeza del síntoma. (Lombardi, 2009 p. 33)

De esta manera, decimos que se trata de que el analizante se desconozca en esta imagen que lo determina como un ser ansioso dejando por fuera su implicancia en lo que le sucede. Como plantea el autor, el movimiento del análisis busca romper con esta implicación para que el sujeto se pueda preguntar por la causa de eso. Con la intención de situar diferencias en el discurso psiquiátrico y el psicoanalítico, en el comienzo de este escrito planteamos que el primero accionaba nombrando el padecer bajo una nomenclatura específica que engloba un conjunto de síntomas visibles. Aquí es donde el sujeto queda delimitado por esta nomenclatura, quedando adherido a esta imagen que no soporta ningún interrogante acerca de la relación de este padecer con el sujeto y su historia. En contraposición, el discurso psicoanalítico sostiene la búsqueda por la causa del padecer. Esta búsqueda por la causa implica al sujeto en el punto en que algo de su deseo se encuentra allí enmascarado. Esta búsqueda, propia del momento del análisis, produce angustia por el hecho de que algo del deseo que en el estado ansioso estaba articulado se formula, podríamos decir, bajo la forma de una palabra plena. La angustia aparece como señal cuando la máscara que la ansiedad sostenía no se sostiene más y deja entrever su relación con el deseo, es decir, cuando se interroga la causa.

IV. La búsqueda ansiosa y la imposibilidad del todo.

Lo expuesto hasta este punto nos indica que la ansiedad configura un modo de entrada a análisis en el cual se hace presente una demanda al Otro a que provea algo del orden de un objeto total. La relación con este objeto total perdido se encuentra en el centro de la experiencia ansiosa. Es por esto que desde el autor J. Fernandez Miranda (2020) situamos a la ansiedad en relación a una problemática con la pérdida, decíamos que se trata más bien de un modo particular de hacer con la pérdida que se caracteriza por el sostenimiento de la ilusión del encuentro con un objeto total que colmaría/calmaría la impaciencia que caracteriza a la experiencia ansiosa como consecuencia de esta

14

relación particular que establece con sus objetos. Este encuentro con el objeto total, nos enseña el psicoanálisis desde Freud, es imposible ya que el objeto de la satisfacción total se encuentra perdido por estructura, lo cual constituye al sujeto como deseante. Bajo estas coordenadas es que el sujeto cuyo padecer nombra como ansiedad arriba a análisis, escena donde las cosas podrían armarse de otro modo. Concebimos al análisis como este acto que permite hacer un tratamiento diferente de la pérdida que es estructural, un tratamiento que permita al sujeto poder elegir un objeto y salir de la lógica de sustituciones que inunda su experiencia subjetiva. Desde este punto podemos decir entonces que el análisis propone un tratamiento de la pérdida, al que podríamos llamar desde las teorizaciones de Lacan: el duelo.

Nos proponemos examinar en este punto las relaciones entre ansiedad y duelo. Ambas categorías establecen una determinada relación con la pérdida, dicho de otra

manera, se configuran como respuestas diferentes ante la pérdida. Por un lado, tal como lo plantea Lacan en el Seminario X (2006), el duelo se produce por la pérdida de un objeto del cual el sujeto podía decir que era su falta. Es decir, mientras la relación con ese objeto se mantenía, permanecía una cierta idea de completud, una ilusión de ser aquello que completa al Otro. Por esto la relación con el objeto encubre la castración, constituyéndose el objeto como un velo que vela la falta. Cuando el objeto desaparece en la realidad, cuando cae lo que en esta relación era soporte de la castración propia, esta retorna al sujeto. Se pierde este velo que evitaba la aparición de la angustia y el sujeto se revela como lo que es: un producto de la castración, producto de la caída del objeto a en el campo del Otro.

(...) el trabajo del duelo se nos revela, bajo una luz al mismo tiempo idéntica y contraria, como un trabajo destinado a mantener y sostener todos esos vínculos de detalle, en efecto, con el fin de restaurar el vínculo con el verdadero objeto de la relación, el objeto enmascarado, el objeto a (Lacan, 2006 p. 362).

Lo que ocurre con la desaparición del objeto es el retorno de la castración, lo que también podemos nombrar como el hallazgo de la imposibilidad del encuentro con el Otro o el encuentro con el hecho de que no hay objeto que colme el goce del Otro. Este develamiento del sujeto como sujeto de la falta permite situar el duelo en su relación con el objeto a. Como plantea Lacan en la cita expuesta, el duelo es la restauración del vínculo con el objeto fundamental, es decir, el objeto a perdido por estructura. Todo duelo se produce a partir de la pérdida de un objeto que es sustituto de aquel primer objeto perdido. La presencia del sustituto, como marcamos anteriormente, vela esta pérdida originaria, sosteniendo la creencia sobre la existencia de un objeto capaz de colmar la falta; de poder reintegrar el objeto a caído al campo del Otro. El trabajo del duelo implica entonces restaurar el vínculo con el objeto a para que luego pueda encontrarse un nuevo revestimiento para este, produciendo la posibilidad de elegir otro objeto. El atravesamiento por el duelo se corresponde así con un pasaje por la castración, dejando algo del orden de la aceptación o del encuentro con la pérdida.

Dicha conceptualización del duelo nos permite extraer dos conclusiones sobre la temática que nos ocupa en este escrito. En primer lugar, en lo que respecta a las relaciones entre el duelo y la ansiedad, el primero representa un trabajo que está detenido en el segundo caso. Si el duelo es un trabajo que conlleva el encuentro con la falta estructural a partir de una pérdida, la ansiedad es aquella experiencia en la cual se pretende un no saber sobre esa falta. El atravesamiento por el duelo, en cambio, enfrenta al sujeto con el hecho de que existe un vacío imposible de colmar. Por esto angustia y duelo van de la mano, ambas configuran cierto paso por la castración, que no está presente en la ansiedad.

A partir de tener en cuenta estos planteos, estamos en condiciones de arribar a la segunda cuestión: el duelo ocupa una función dentro del análisis. Esto fue teorizado por

Lacan en el *Seminario VI* (1958) donde concibe el duelo como el fundamento del acto que puede producirse en análisis en tanto opere el objeto a. La función del duelo en la escena analítica implica el atravesamiento por la pérdida, no de un objeto en particular sino de la posibilidad de la completud. A partir de él cae la creencia de que existe un objeto capaz de colmar la falta, sostiene la imposibilidad de la existencia de un objeto que colme el vacío. Vanesa Starasilis (2019) plantea que uno de los tipos de ansiedad se produce a causa de un fracaso de los diques pulsionales que están operando en toda pulsión. Esto quiere decir que al fracasar la pulsión esta opera como puro empuje, sin el dique

pulsional que pone un límite y recrea la falta. Se vuelve de esta manera ingobernable, este puro empuje apunta una y otra vez a lo mismo. Según esta autora y en consonancia con lo que veníamos planteando, la ansiedad, con su voracidad, apunta al todo. Por esta razón la estructura del análisis pone en juego aquello de lo que la ansiedad no quiere saber. Este implica un proceso de duelo en tanto el analizante atraviesa por la experiencia de la falta. El encuentro con la imposibilidad del Uno, del objeto total, abre a la posibilidad de que haya algunos. Es decir, de poner fin a la búsqueda ansiosa por el objeto total para pasar a elegir un objeto, pero ya no bajo la lógica del objeto total. Se trata del pasaje de la creencia de que hay uno a la imposibilidad de éste, lo cual habilita a elegir un objeto, pero ya no bajo la lógica del objeto total. El duelo representa el pasaje de la experiencia de que no hay todo a el algo posible. La conceptualización del duelo que estamos planteando va más allá de la desinvestidura de un objeto y la sustitución por otro, sino que implica sostener que no hay objeto total sino vacío que permite la dialéctica del deseo. Es decir, vacío que permite que el objeto actúe en el lugar de causa de deseo. La función del duelo reinscribe el lugar del objeto a en tanto falta posibilitando una elección desde el orden del deseo. El duelo como operador clínico propicia el acceso del sujeto a una posición deseante vía el encuentro con la castración.

Como ya hemos planteado, el objeto del cual con su pérdida parte el duelo, que es siempre un sustituto, el objeto de amor; representa una forma de velar esta inexistencia. Con él, el sujeto encuentra un modo de ser, una existencia en el deseo del Otro. La relación amorosa supone un cierto desconocimiento de la castración, el otro se convierte en soporte para velar esta falta. A la ansiedad la podemos ubicar al mismo nivel del amor en el punto en que también vela la inexistencia del objeto total. Sin embargo, en el amor algo se estabiliza en la persona amada produciéndose una ilusión de completud. Por el contrario, la experiencia ansiosa la situamos del lado de una búsqueda sin fin, de un “estado de avidez constante que se fija a determinados objetos exteriores que cumplen ciertos requisitos y que una vez obtenidos son abandonados” (Miranda, 2020, p.30). En el enamoramiento persiste la ilusión de alcanzar el objeto en el otro, esto es lo que aparece en riesgo en el estado ansioso, lo que aparece como perdido.

Tanto el trabajo del duelo como el trabajo analítico son experiencias en torno al vacío, preservan cierto agujero estructural imposible de colmar. El duelo en el análisis es la expresión del trabajo en relación a que no hay objeto de la satisfacción total. Situamos a la ansiedad como esa forma de operar con la falta que sostiene la ilusión de la existencia de un objeto que la recubra. El análisis pone en función el duelo para darle un tratamiento diferente a esta falta. Esto implica que a partir del deseo del analista, el a opere dentro de la transferencia. En este sentido, el análisis pone en juego la pérdida de la ilusión por el objeto total poniendo fin a la búsqueda desesperada que la ansiedad sostenía, permitiendo que los términos se armen de otro modo. La lógica de la experiencia ansiosa que venimos planteando nos indica este sostenimiento en la creencia de la existencia en esa objeto capaz de colmar y de un Otro consistente. Es desde este lugar que se articula la demanda hacia el analista colocado en un lugar de este Otro sin fisuras que debe otorgar esa respuesta total, cuestión que se invierte por la puesta en juego de la frustración de parte del analista. Bajo estas coordenadas, el duelo representa la pérdida de la creencia en la existencia de un objeto que colme la falta, es un duelo por lo que no hay ni nunca hubo. Se trata en el análisis de poner un corte al movimiento cíclico de búsqueda y decepción que la ansiedad instaura. Este corte permite

inaugurar una relación con los objetos que habilite la posibilidad de elegir ya no a partir de la adecuación de un objeto al objeto perdido. El acto analítico instaura así un modo de atravesamiento por ese punto de falta estructural que inscribe al Otro como barrado, plasma un recorrido de la pérdida a la falta para hacerse causa. De la pérdida al paso por la incompletud de lo simbólico que restablece el lugar de causa, por eso el duelo

condición para el deseo.

Al llegar a este punto y previo a la finalización de este escrito, se abre la posibilidad de retomar desde el comienzo, ya que podemos situar ahora el psicoanálisis en su diferencia con la psiquiatría, por ser esta una práctica que concibe a la falta como el fundamento del sujeto. Por concebir al sujeto como constituido en el campo de lo simbólico, el campo del Otro. La falla existente en este campo, falla inherente a la simbolización, determina al sujeto, el cual se va a relacionar con ese resto inaprehensible, caído del campo del Otro. Se entiende así al sujeto como producto de la castración, constitutiva de la falta en ser, lo que implica que en el Otro no está presente todo aquello que puede representar al sujeto. El sujeto del psicoanálisis, a diferencia del de la psiquiatría, es un sujeto de la pérdida, por constituirse en el campo del Otro no todo, no completo. Por esta razón, la clínica psicoanalítica pone en juego la angustia, que aparece cuando se pone en evidencia que no existe para el sujeto el reflejo de lo que es en el Otro, la experiencia de la falta en el Otro. Del mismo modo, la experiencia del análisis pone en juego el duelo, aquel que tiene que ver con la pérdida de la posibilidad de que exista un objeto que colme esa falta inherente a la constitución del sujeto como deseante. El atravesamiento por esta imposibilidad que caracteriza el acto analítico se presenta en este ensayo como una salida del estado ansioso, entendiendo a éste como una respuesta del tipo de *no querer saber sobre eso* que falta, que genera la búsqueda continúa de un objeto que colme. La escena analítica preserva este lugar de vacío producto de una pérdida que deviene falta para constituirse en causa del deseo del sujeto. Esto implica que el sujeto pueda hacer una elección pero ahora desde las coordenadas de la falta, operando con el a funcionando en la estructura fantasmática como causa de deseo. Es decir, sabiendo que el todo está perdido, pero que a partir de eso hay algo que se puede desear.

El recorrido realizado nos ha permitido enmarcar la categoría de ansiedad bajo una determinada ética, construyendo una posición que la distingue de otros discursos. A diferencia de la psiquiatría que sitúa la ansiedad bajo la forma de un trastorno, la lógica del psicoanálisis no cierra el sentido con una categoría, reconoce que el padecer se encuentra entramado en la historia singular y coloca el saber del lado del sujeto. Situados en este marco, hemos comenzado a delimitar el estado ansioso a partir de la comparación con la categoría de angustia, tal como el psicoanálisis lacaniano la conceptualiza. Además, hemos comprendido que ambas ocupan lugares diferentes en la dirección de la cura. Mientras que la angustia posibilita la interrogación por el deseo, la ansiedad la elide. La angustia es el afecto que permite contornear el vacío de respuesta sobre aquello que nos constituye y la ansiedad se vuelca puramente hacia el exterior.

La diferenciación establecida entre los términos angustia y ansiedad nos permite deslindar una forma de relación específica del sujeto con los objetos presente dentro de la experiencia ansiosa. Esta relación se caracteriza por la búsqueda incesante de nuevos objetos, dada por la permanencia de la ilusión del encuentro con un objeto pleno. Esta descripción explica la configuración de un vivenciar repetitivo en estos casos, en el cual se fija un circuito de búsqueda y decepción por el objeto que deja por fuera la posibilidad de la pérdida. En este punto es posible volver a diferenciar angustia y ansiedad, ya que si la ansiedad pone en acto la búsqueda de un objeto total, la angustia (al encontrarse en relación con el objeto a) representa la ausencia de éste. En consecuencia, también demarcamos una posible relación con el Otro en la ansiedad que se traduce en la escena analítica bajo la demanda a que este Otro provea algo del orden del objeto total.

Por otro lado, el estado ansioso representa una forma específica de experimentar el tiempo. Definida a partir de la voracidad, la ansiedad se come el tiempo y signa una experiencia de inquietud y urgencia que se exterioriza en un continuo hacer. En la ansiedad no hay corte posible y es por eso que el tiempo de la ansiedad es opuesto al tiempo del análisis, de la palabra y de la historia. La ansiedad es puro sentir inmediato, no permite la vacilación de la imagen estática constituida bajo el título de ansioso.

Si volvemos a la pregunta que motivó este escrito podemos decir que el analista puede leer la ansiedad bajo estos conceptos que forma parte de la clínica construida por Freud y Lacan. Es dentro de esta clínica, que pone en acto el duelo como función, que pueden producirse algunos movimientos dentro de la experiencia ansiosa. En este sentido es que tomamos al final de este escrito un último término de la obra de Lacan: el duelo. Porque el análisis pone en juego la función del duelo para que en el encuentro con la imposibilidad del objeto total se abra la posibilidad de elegir algo, se habilite una elección sostenida en la falta.

Hasta aquí presentamos los argumentos que desde la clínica psicoanalítica utilizamos para construir una lectura sobre la ansiedad. Sobre esta base, queda abierta la posibilidad de inscribir esta perspectiva dentro del marco coyuntural presente, en el cual la ansiedad se constituye como interrogante y campo de disputa de diferentes prácticas. Al incluir este contexto, retorna lo que renglones atrás expusimos como una de las características de este estado: su actitud voraz al tiempo que no permite el corte. Las formas de existir actuales se complementan con esta configuración del padecer. Ya sea por la presente lógica del consumo, que ofrece a los individuos objetos plenos que acercan a este a la felicidad o también por la existente cultura de la inmediatez, que construye formas de vida en donde no hay tiempo para la angustia ni la palabra.

Vivimos en sociedades donde las vidas se rigen por las leyes del mercado que ofrecen objetos efímeros y reemplazables y los sujetos circulan por la trama social en una relación ansiosa con la realidad que va de objeto en objeto de consumo sin lugar para preguntarse que de eso realmente se quiere. Estamos como sujetos atravesados por un momento histórico signado por el paradigma de la productividad en donde el tiempo debe ganarse y no se puede perder. Donde no hay tiempo para el niño que no se adapta a los

tiempos del sistema educativo, ni para que aquel que pasa el día de actividad en actividad puede sentarse a preguntarse por qué sufre.

En esta sociedad y en esta época, resiste el psicoanálisis, ya sea para la ansiedad o cualquier otro padecer, configurando espacios donde la pregunta no queda elidida y el deseo funcione como motor.

Referencias Bibliográficas

19

Allouch, J. (1993). *Y entonces, no es eso*. En Freud después Lacan. Buenos Aires: Editorial Edelp.

- American Psychiatric Association's. (2013). Manual Diagnóstico y Estadístico de los Trastornos Mentales (5th ed.; DSM-5).
- Fernández Miranda, J. (2020). *Impacientes. Ensayo psicoanalítico sobre la ansiedad en El trabajo de lo ficcional*. Letra Viva: Buenos Aires
- Freud, S. (1899). *La interpretación de los sueños*. Tomo IV (1er ed). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1905). *Fragmento de análisis de un caso de histeria*. Tomo VII (1er ed). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1917). *16ª Conferencia : Psicoanálisis Y Psiquiatría*. Tomo XVII (1er ed). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S (1926) *Inhibición, síntoma y angustia*. Tomo XX (1er ed). Buenos Aires: Amorrortu.
- Klein, M. (1948). *Sobre la teoría de la ansiedad y la culpa*. [Monografía]. Recuperado de: <http://www.insumisos.com/M4T3R14L/BD/Klein-Melanie/Sobre%20la%20teoria%20de%20la%20ansiedad%20y%20la%20culpa.PDF>
- Lacan, J. (1953) *El seminario, libro I. Los escritos técnicos*. Buenos Aires: Editorial Paidós
- Lacan, J. (1958). *El seminario, libro VI. El deseo y su interpretación*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Lacan, J. (1964). *El seminario, libro XI. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Lacan, J. (1975). *El seminario, libro XX. Aun*. Buenos Aires: Editorial Paidós
- Lacan, J. (2006). *El Seminario, libro X. La angustia*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Lacan, J. (2007). La significación del falo. En *Escritos 2*. (2da ed). Buenos Aires: Siglo XXI.
- Lacan, J. (2009) *Intervenciones sobre la transferencia*. En *Escritos 1*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Lacan, J. (2009). *Función y Campo de la palabra y el lenguaje en Psicoanálisis*. En *Escritos 1*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Lombardi, G. (2009). Rectificación y destitución del sujeto. *Escritos internos*. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires.
- Lutereau, L. (2 de diciembre de 2021). La espera siempre confronta con nuestro costado más ansioso. *Radio Nacional* [audio en podcast]. Recuperado de: <https://www.radionacional.com.ar/lutereau-la-espera-siempre-confronta-con-nuestro-costado-mas-ansioso/>
- Lutereau, L. (8 de julio de 2022). Vivir con ansiedad. *Diario AR*. Recuperado de: https://www.eldiarioar.com/opinion/vivir-ansiedad_129_9154132.html
- Starasilis, V. (2019). Ataque de pánico: cuando el goce toma el cuerpo En *Cuadernos de Sigmund Freud* (pp. 219-224) (Ed. 31). Escuela Freudiana de Buenos Aires: Buenos Aires.